

viene? ¿Adónde vá? ¿Qué debe creer y qué debe hacer? ¿Cuáles son sus relaciones con la sociedad, con el mundo y con Dios? Importa al sosiego de la conciencia y á la dignidad de la razon que tengamos calma sobre estas grandes cuestiones. Pero sólo la filosofía puede abordar el problema del origen y del destino de la humanidad; y además puede resolver, procediendo con método severo, por análisis y por síntesis, y determinando con cuidado el punto de partida y el principio de la ciencia. La solución es inevitable desde que se ha comprendido la naturaleza del hombre, su posición central en el universo y sus relaciones con el principio absoluto de todas las cosas. El concepto de Dios bien comprendido es una antorcha que ilumina todas las regiones de la creación. Pensadores sin método ó sábios sin principios pueden invocar el ateísmo, porque confunden á Dios con lo sobrenatural; pero el que ha examinado á fondo el concepto y las condiciones de la ciencia, debe declarar en su alma y conciencia que la ciencia nada puede sin Dios, como nada puede la demostración sin principio. Es necesario en todas las cosas buscar la evidencia y desembarazarse de preocupaciones religiosas ó anti-religiosas. El abuso que se ha hecho del nombre de Dios no es un motivo para rechazar á Dios. La cuestión es grave y difícil; razón de más para estudiarla en sí misma, friamente, sin pasión y sin tomar partido. Así es como el filósofo, discutiendo, criticando, remontrándose á las causas, educa su pensamiento. Nada más contrario al espíritu filosófico que la precipitación y temeridad en los juicios. Estos defectos pertenecen á los espíritus ligeros y superficiales, que se aplican más á la forma que al fondo, que no consideran las cosas más que de un sólo lado, en lugar de determinarlas bajo todas sus relaciones, quienes consultan ántes á su imaginación que á su razón, y se dejan guiar en sus convicciones, no según los principios eternos, sino según impresiones fugitivas, admitiendo como verdadero todo lo que lisonjea sus hábitos ó sus intereses, rechazando como falso todo lo que repugna á sus pasiones. La cultura de la filosofía es el mejor remedio que se puede aplicar á esta enfermedad del espíritu.

La filosofía ejerce la misma influencia sobre el *sentimiento* que sobre el pensamiento: eleva, desenvuelve y perfecciona la vida afectiva como la vida intelectual, por la razón sencillísima de que el pensamiento y el sentimiento son facultades paralelas y complementarias del espíritu, de la misma manera que el espíritu y el cuerpo

son expresiones diversas y complementarias de la naturaleza humana. El pensamiento y el sentimiento están ligados entre sí por una relación de condicionalidad, como órganos de un cuerpo vivo. Todo lo que enerva ó vivifica la inteligencia, enerva ó vivifica de la misma manera el corazón. Para obrar es preciso conocer; cuanto mejor se comprende un objeto, mejor nos penetramos de él; nuestros sentimientos carecen de claridad, quedan oscuros y confusos y degeneran en pasiones, cuando se relacionan á objetos que no están suficientemente determinados por el entendimiento; la cualidad, la fuerza y la profundidad de nuestras emociones, en una palabra, la cultura del corazón corresponde generalmente á la cultura del pensamiento. Además todo extravío de la inteligencia se traduce por una perversion de nuestras afecciones: si un mal nos aparece como un bien, lo deseamos, y si un bien nos hace el efecto de un mal, lo rechazamos. Es, pues, natural que la filosofía que nos dá las ideas absolutas de lo bueno, de lo bello y de lo verdadero, nos comunique también el sentimiento de todo lo que es grande y divino. Como la idea hace lo ideal, las ideas generales hacen las afecciones generosas. Elevándonos sobre nosotros mismos, en la región serena de las leyes eternas del mundo moral, donde desaparecen las mezquinas preocupaciones de nuestra individualidad, la filosofía nos exime de las sollicitaciones del egoísmo y nos enseña la abnegación, es decir, la subordinación de nuestros propios intereses al interés público, y en caso de necesidad el sacrificio de nuestros juicios al sentimiento del deber. Cuando el pensamiento está bien ordenado, el orden se introduce también en la actividad afectiva: los sentimientos de placer y dolor se desenvuelven con las nociones sensibles, y los sentimientos racionales con las nociones supra-sensibles; el sentimiento del *yo* responde al punto de partida, y el sentimiento de Dios al principio de la ciencia: las relaciones son las mismas de una y otra parte entre los elementos de la sensibilidad y los elementos de la razón, y si la filosofía asegura la preponderancia de la razón sobre los sentidos en el dominio de la ciencia, la pide además en el dominio de las emociones. La filosofía ningún sentimiento natural reprueba, con tal que se mantenga en armonía con la razón; lejos de condenar las afecciones de la familia, de la sociedad y del mundo, las legitima y las purifica refiriéndolas á su origen. Una noción estrecha de Dios puede falsear todos los sentimientos, favoreciendo la superstición ó inspirando el fanatismo y la intolerancia,

pero cuando el Sér infinito y absoluto se comprende bien, el sentimiento religioso se manifiesta en su pureza y en su plenitud, completa todas las aspiraciones inferiores y corona la educacion del corazon.

En razon del imperio que ejerce sobre el sentimiento y sobre la inteligencia, la filosofía mejora, desenvuelve y fortifica igualmente la *voluntad*. En efecto, la voluntad es la facultad por la cual el espíritu se determina ó se decide á obrar. La voluntad se manifiesta por acciones, como el sentimiento por emociones y el pensamiento por conocimientos. La primera facultad tiende á lo bueno, la segunda á lo bello, la tercera á lo verdadero. Pero para querer una cosa debe conocerse é interesarse en algun grado; nuestras resoluciones son mucho más firmes cuanto su objeto está mejor determinado y cuanto el espíritu se une más á él. La actividad voluntaria tiene, pues, sus condiciones internas en la actividad afectiva y en la actividad intelectual, y en consecuencia la cultura de la voluntad depende de la cultura del sentimiento y del pensamiento. Por eso la filosofía que trasporta el espíritu y el corazon al dominio de lo ideal y de lo divino, debe tambien imprimir la misma direccion á la voluntad. La voluntad es caprichosa é inconstante cuando es el juguete de las cosas sensibles; es arbitraria y obstinada cuando está al servicio del error y de la pasion: es el conocimiento de las leyes del mundo moral que la fortalece en la esfera de lo bueno y la libra de la dominacion de móviles interesados. Si el espíritu está vacío, la voluntad está sin fuerza para el bien, sin resistencia contra el mal; si el espíritu está sano, la voluntad es justa y pura. El equilibrio de las facultades intelectuales hace el equilibrio de las facultades morales. El arte de obrar tiene sus raices en el arte de pensar. La perfeccion de la voluntad exige como cualidades la libertad, la energía y la bondad. La voluntad es libre, cuando el hombre obra con conocimiento de sí y es maestro de sí: pero el conocimiento de sí mismo y el gobierno de sí mismo son virtudes filosóficas. La voluntad es enérgica, cuando el hombre sabe hacer el bien sin condicion, con heroismo, venciendo todos los obstáculos que encuentre al cumplimiento del deber; pero el apego absoluto al bien es una prescripcion de la filosofía. La voluntad es buena, cuando el hombre subordina voluntariamente sus conveniencias y sus ventajas personales á la satisfaccion y al perfeccionamiento de otro: pero es la filosofía quien en el conflicto de los intereses de la vida enseña el sa-

crificio del amor propio al amor de la humanidad. La voluntad humana, en fin, se cumple cuando se regula sobre la voluntad divina, ó permanece invariablemente de acuerdo con las leyes eternas de lo bueno, de lo bello, de lo verdadero, es decir con los principios de la filosofía.

Elevando simultáneamente el pensamiento, el sentimiento y la voluntad hácia lo ideal, la filosofía forma, afirma y mejora el *carácter*. Todo obra y refleja, sobre todo, en el alma: el pensamiento influye sobre la voluntad y sobre el sentimiento y reciprocamente. Las tres fuerzas del espíritu deben equilibrarse por su comun direccion hácia la perfeccion absoluta, pero este equilibrio es difícil de realizar en la vida. Usando de su libertad y dándose á una ocupacion exclusiva, el espíritu puede romper la armonía de las facultades. Hay entónces hipertrofia por un lado y atrofia por otro. Las circunstancias principales de esta armonía ó de este antagonismo entre las diversas facultades del alma, se resumen en las nociones del temperamento y del carácter. El temperamento expresa el conjunto de la actividad del espíritu, bajo el punto de vista de la cantidad, es decir, de la vivacidad, de la energía y de la ponderacion de las fuerzas; el carácter expresa el mismo conjunto bajo el punto de vista de la calidad, es decir, de la manera de pensar, de sentir y de obrar. El pensamiento, el sentimiento y la voluntad, son, pues, los elementos que se combinan en el carácter. El perfeccionamiento del carácter es obra de la educacion. El carácter será bajo y servil, si el pensamiento, el sentimiento y la voluntad no han sido desenvueltos más que en sus relaciones con los intereses de la naturaleza sensible; el carácter será firme y distinguido, si el espíritu ha cultivado las tendencias superiores de su naturaleza. La elevacion y la dignidad del carácter dependen del apego á los principios, por consiguiente, de la cultura racional ó filosófica del alma; la debilidad de carácter que se nota en las épocas de decadencia proviene de la defecion de principios. El espíritu nutrido de principios no puede cambiar segun las circunstancias, á ménos que no pierda sus convicciones. Para formar el carácter, conviene, pues, fortalecer las convicciones morales. Para dar al carácter el sello de la armonía, deben cultivarse las facultades en todas sus aplicaciones y someterlas á la misma disciplina, á la regla de la razon. Para acabar, en fin, la educacion del carácter, y comunicarle á la vez la dulzura y la fuerza, el hechizo y la magnanimidad, conviene desenvolver la

nocion y el sentimiento de Dios, como sabiduría y como amor inalterables, como bondad y como justicia indefectibles. La piedad no está en los prácticos, sino en el corazón de aquel que quiere que sus sentimientos, sus pensamientos y sus actos sean dignos de Dios. Las condiciones de la mejora del carácter se hallan, pues, en la ciencia que abraza el conocimiento de sí mismo y el conocimiento de Dios.

La filosofía, formando el carácter, elevando el espíritu y el corazón hacia Dios, comunica á sus adeptos el sentimiento profundo de la libertad y de la independencia. Libera al hombre de la tiranía, de los hábitos y de las pasiones, del yugo de las preocupaciones, del empuje de la opinión pública, de la influencia de todas las autoridades exteriores, políticas ó religiosas, que frecuentemente oprimen la conciencia. Ha sido la libertadora de la Humanidad en todas las épocas de disolución de creencias ó de renovación social. De ahí la cólera de todos los partidos retrógrados contra la filosofía en los tiempos antiguos y modernos. Bajo el nombre de filosofía, proscriben las innovaciones y el progreso, condenan el libre pensamiento que más allá de la realidad sensible aspira á lo ideal. Y es justo, porque amando la libertad, la filosofía no hace más que conformarse con su principio. Es y quiere ser una ciencia, busca la verdad y la certeza. Pero no hay certeza para el hombre si no reconoce la verdad como tal; si por su propio trabajo y en su propia conciencia no puede discutir lo que se le propone creer, es decir, si no es libre de examinar, ántes de acordar su adhesión. Ninguna certeza sin libre examen, ninguna ciencia sin certeza. El libre examen es, pues, una condición esencial de la filosofía. Si este es un principio revolucionario, conviene que la revolución siga su curso ó que se renuncie á la ciencia, porque la ciencia no es posible más que con un derecho absoluto al examen. La verdad nada tiene que temer de la discusión, el error tiene que perder siempre. Los que rechazan el libre examen no tienen confianza en su propia doctrina; sino, su interés como su deber les haría sufrir la prueba de un debate contradictorio. Jamás un amigo de la verdad ha rehusado esta prueba.

Apoiada sobre el libre examen sin restricción, la filosofía quiere probarlo todo, discutirlo todo, criticarlo todo, ántes de admitir nada. Se arroga el derecho de formar libremente sus convicciones bajo la inspiración de su conciencia, en lugar de aceptar todos los hechos por las convicciones de otro. Todo hombre tiene el mismo derecho y debe usar de él, cuando está en estado de pensar por sí

mismo. La divisa del pensador es: «Examinad ántes de aprobar ó de desaprobado.» Este es el fundamento de la libertad de conciencia y la fuente de toda libertad en el mundo. ¿Qué sería la libertad civil sin el conocimiento de la ley, y la libertad moral sin la nocion del bien y del mal? Libre examen significa, pues, *independencia de la razón humana*. ¿Qué ha hecho Descartes, instituyendo su método? Ha permitido á todo ser racional descubrir la verdad por sí mismo sin otra condición que la de buscarla con sinceridad, despojándose de sus opiniones preconcebidas, y de no rendirse sino á la evidencia; ha puesto los principios de la ciencia y de la vida moral, el conocimiento de Dios y de sí mismo, al alcance de todos los espíritus suficientemente ilustrados, y por eso ha pronunciado la caída de las autoridades que se invocaban ántes de él. ¿Qué importan las palabras del maestro, qué importan las creencias de nuestros padres, qué importan los textos sagrados cuando tenemos en nosotros mismos el medio de discernir la verdad del error? Para el hombre no hay más que una autoridad, su razón, que nadie puede rebatir sin contradicción, que nadie desprecia sin caer en el absurdo; todos los demás no son legítimos más que bajo condición, en los límites de su armonía con la razón. Ciertamente nosotros no profesamos ningún desdén por Aristóteles ni por Platon, por los antiguos ni por la opinión pública, por los monumentos religiosos de los pueblos ni por el Estado; gustamos consultarlos y conformarnos á su sentimiento, pero hay alguna cosa que colocamos sobre todos los poderes terrestres, es la verdad eterna. ¿La autoridad de Dios, se dirá? La autoridad de Dios es idéntica á la autoridad de la razón: conocemos á Dios por la razón, y la razón nos enseña que Dios es la verdad, el bien, la justicia, la perfección infinita y absoluta, es decir, lo ideal de la razón. Hé aquí el resultado de la doctrina cartesiana, á despecho mismo de Descartes, que queria separar el dominio de la filosofía del de la fé. Creemos que no se puede prestar mayor servicio á los hombres que enseñarles á respetar la razón.

El filósofo quiere, pues, ver por sí mismo y darse cuenta de la verdad. No cree lo que otros creen, porque lo creen, cree lo que le parece verdadero, aunque sólo sea segun su dictámen. Sabe que el número no hace la verdad y que en todos los descubrimientos uno sólo tiene razón contra todos. No condena lo que otros condenan, para obedecer al ejemplo ó á la tradición, condena lo que reconoce como falso, aunque deba sufrir el ultraje, la prisión ó la

muerte, como Sócrates, Bruno, Vanini, Galileo y tantos otros mártires de la verdad. Examina, quiere ilustrarse ántes de decidirse, y si despues del exámen se somete, su obediencia al ménos es libre: es un mérito y no una abdicacion de la personalidad. El filósofo, en fin, tiene horror á la bajeza y al servilismo que degradan á tantos séres racionales, y hace lealmente uso de las facultades que ha recibido de Dios para cumplir su mision. Ciertamente se expone á la *duda*, pero taa expuesto está el creyente como él. Solamente el infante es quien escapa á la duda, y el espíritu no está destinado á quedar en la infancia. Luego que el pensamiento se desenvuelve, desde la primera decepcion que se experimenta, la duda invade el alma. ¿Qué es la duda sino la crítica de la verdad, y qué es la crítica de la verdad, sino la condicion de la certeza, partiendo de la ciencia? La duda es, pues, perfectamente legítima, cuando sirve para fijar la certeza. Vale más dudar que creer ciegamente: la fé ciega es el sueño del espíritu, la duda es su despertar. Pero vale más saber que dudar: la duda es la fluctuacion del pensamiento, que no sabe donde detenerse; la ciencia es el reposo y el equilibrio. Además el filósofo no duda por dudar, sino para comprender; su duda no es definitiva, sino provisional. Busca en la duda la vía que conduce á la certeza, y busca por el sólo medio que la razon puede confesar, por la discusion y no por la comprension.

La filosofía dá al hombre el sentimiento de su *dignidad* ó de su valor personal. A decir verdad, la dignidad es inseparable de la libertad moral, de la bondad de carácter, de la elevacion de espíritu y de corazon. El que se hace esclavo de sus pasiones ó llega á ser juguete de sus caprichos, carece de dignidad. Puesto que el hombre es un sér racional, en la razon es donde reside, sobre todo su valor propio, y este valor no puede ser mejor apreciado que por la filosofía, que toma la razon por base y guía. En efecto, la dignidad del hombre consiste en obrar libre y sábiamente, bajo la inspiracion de su conciencia, en respetar en su persona la criatura hecha á imágen de Dios. La dignidad atrae la estimacion y la veneracion, y para que merezca ser el objeto de semejantes sentimientos, debe realizar lo que es divino, sin esperar recompensa y sin temor de castigo; conviene hacer bien por hacer bien, con una voluntad santa. La filosofía es la que traza este ideal de la perfeccion humana en que nuestra voluntad libre se armoniza con la accion de la Providencia, en que el respeto de sí mismo se concilia con el respeto del orden mo-

ral. Pero la filosofía, se dice, engríe al corazon humano, imbuje al hombre que es Dios y alimenta su *orgullo*. Convenimos en que las doctrinas superficiales pueden conducir á este resultado: el materialismo positivista nada vé superior á la humanidad, y el panteismo divide la sustancia divina en los individuos; pero sostenemos tambien que el orgullo y la pasion son contrarios á la verdadera filosofía. La razon no dice que el hombre es Dios, sino semejante á Dios, en los límites y condiciones de su naturaleza; no impele al hombre á igualarse á Dios, sino á imitar á Dios en la medida de sus fuerzas. Tiene en cuenta la diferencia que existe entre el Sér y los séres, pero añade que los séres están fundados en la esencia divina y que la criatura racional es el espejo de la armonía universal. Ahí se halla la línea de demarcacion entre el orgullo y la dignidad. El hombre tiene conciencia de su similitud con Dios y debe mantenerla en sus actos: hé aquí su dignidad; pero el hombre no debe olvidar que es un sér finito, relativo, imperfecto, que todas sus cualidades, aun la razon, le vienen de Dios, y que en consecuencia, está obligado á referir á Dios todo lo que tiene de bueno, de bello, de divino en su vida. La humildad no parece mal al hombre, puesto que no se entiende por ella la renuncia á los derechos de la naturaleza, el menosprecio de sí mismo, sino el sentimiento de nuestra imperfeccion en presencia de la soberana perfeccion del Sér infinito y absoluto.

La filosofía inspira, en fin, al hombre el sentimiento de la *tolerancia* y de la imparcialidad. Nos invita á conocer la razon de las cosas y á estudiar cada cuestion bajo todas sus fases, procediendo á la vez por análisis y por síntesis. Pero considerando un problema complejo, tal como el hombre, el universo ó Dios, en sí mismo y en el conjunto de sus relaciones, nos apercibimos con facilidad que las diversas soluciones que han sido propuestas, son á la vez verdaderas y falsas bajo ciertos aspectos, que son verdaderas en que han comprendido un lado de la realidad, y que son falsas en que han tomado la parte por el todo. Existen doctrinas incompletas ó exclusivas, pero no existe doctrina que sea absolutamente errónea. Esta conviccion que resulta plenamente del estudio comparado de los sistemas de filosofía, comunica al espíritu la tolerancia para todas las opiniones sinceras y lo coloca al mismo tiempo en las mejores condiciones para juzgarlo todo con imparcialidad, sin manía ni prevenicion. La tolerancia es una virtud filosófica nacida del contraste de los errores en que han caído los más grandes ingenios, inspirados

por esta mezcla de debilidad y grandeza del espíritu humano que le permite desviarse y adherirse á una ilusion sin que pierda su valor moral, sin que pueda siquiera separarse enteramente de la realidad. El error no afecta la moralidad, y no es susceptible de ninguna pena; debe ser combatido por la discusion, no por la violencia. Las sectas religiosas pueden ser intolerantes y consideran voluntariamente las heregías como crímenes; las sectas filosóficas no pueden, porque admiten la libertad de conciencia y ninguna pretension tienen á la infalibilidad. Las disidencias de las escuelas no están sometidas más que al tribunal de la razon. La *imparcialidad* es como la tolerancia un signo de la madurez del pensamiento; es una virtud intelectual engendrada por una doctrina completa que elevándose sobre todos los puntos de vista parciales, bajo los cuales se pueden considerar las cosas, deja al espíritu la facultad de apreciar en su justo valor las teorías fundadas sobre el uno ó el otro de estos puntos de vista parciales, sin desconocer ni exajerar su importancia. La imparcialidad es imposible tan largo tiempo cuando se tiene un lado de la verdad, pero es fácil cuando nos elevamos al principio que domina todos los lados á la vez y los deja en descubierto. La parcialidad es el extravío de los que no ven más que una parte, un aspecto del mundo, y hacen entónces de la verdad un negocio de partido; la imparcialidad, por el contrario, es el mérito de los que conocen el todo ó ven las cosas de arriba.

Tal es la influencia de la filosofía sobre el espíritu humano: extiende, eleva, madura el pensamiento, el sentimiento y la voluntad, forma el carácter, nos dá la conciencia de nuestra dignidad y de nuestra independendencia, desenvuelve en nosotros el sentimiento de la tolerancia y de la imparcialidad.

Bajo todas estas relaciones la filosofía es el más útil auxiliar del cumplimiento de nuestro *destino*. En efecto, el destino del hombre es efectuar todo lo que está contenido en su naturaleza, ó realizar toda su esencia considerada en sí misma y en el conjunto de sus relaciones. El hombre no ha nacido para gozar, ni para sufrir, como quieren el sensualismo y el ascetismo, sino para desenvolverse como espíritu y como cuerpo, en la plena armonía de sus fuerzas, bajo la direccion de la razon. Cuando se desenvuelve segun su naturaleza, conforme al orden general de la creacion, hace *bien* y llena exactamente el papel que le está asignado por la Providencia. Hacer el bien es todo el destino, es el fin de todos los séres. Cada sér hace el

bien á su manera, segun su naturaleza; sólo el hombre lo hace libremente por el bien mismo, como un deber impuesto por la razon. De la realizacion de este fin resulta la *felicidad*, que está en relacion íntima con el bien y el destino. La felicidad no es un objeto que se persigue en sí mismo, es el precio de nuestros esfuerzos desinteresados para alcanzar el objeto de la existencia, es el goce puro, completo, inalterable del bien que se produce en la vida. Es claro ya que este destino en su conjunto no puede eumplirse sin la filosofía, puesto que la filosofía es la que lo fija como ideal de la razon y quien debe hacerlo comprender.

El destino del hombre comprende todo el desenvolvimiento del pensamiento, del sentimiento y de la voluntad, en sus relaciones con la sociedad, con la naturaleza, con el orden moral y con Dios. De ahí los objetos parciales de la vida ó los bienes determinados, que satisfacen las necesidades de nuestras diversas facultades y que llegan á ser objeto del destino individual ó *vocacion*, cuando se reconoce la imposibilidad de agotar el destino general del hombre sobre la tierra. Estos objetos son la ciencia, el arte, la religion, el derecho, la moral, la educacion, la agricultura, la industria y el comercio. Pero la filosofía está comprendida en el número de estos objetos, puesto que es, como ciencia enciclopédica de los principios, una parte esencial de la ciencia, y además entra en todos los otros objetos, puesto que tiene tambien por objeto los principios sobre los cuales descansan, tales como Dios, lo bello, lo justo, el bien, lo perfecto, lo útil. Por cierto la filosofía no es ni la religion, ni la moral, ni el derecho, ni el arte, ni la educacion, pero no es tampoco extraña á estos órganos del cuerpo social: porque en cada uno de ellos hay lugar á distinguir entre lo que es y lo que debe ser, entre el hecho y el principio, entre la realidad y lo ideal. Uno de estos puntos de vista pertenece á la filosofía, el otro á la historia.

La filosofía sienta los principios racionales del derecho y de la religion, como los principios racionales de la moral, de la estética y de la pedagogia. La filosofía del derecho es el *derecho natural*, el derecho ideal, absolutamente conforme á la naturaleza del hombre: y la filosofía de la religion es la *religion natural* ó la religion ideal, en los límites de la razon. Entre la religion natural y las comuniones religiosas establecidas en todos los pueblos, hay las mismas relaciones y las mismas diferencias que entre el derecho natural y las legislaciones positivas, antiguas y modernas. Las religiones y las le-